

UNANUE, MEDICO (1)

JULIO OSCAR TRELLES

El recuerdo de los científicos en general, y el de los médicos en particular, no sobrevive en la memoria de las generaciones que les siguen ni figura en la historia. Los hechos que descubren se añaden a otros, se diluyen y esfuman en la masa común y anónima de aportes que constituyen la civilización. La ciencia es, como lo afirma López Ibor, un Saturno que devora a sus propios hijos. No ocurre lo mismo con el artista y el escritor, ellos se vierten en sus obras y perviven para admiración eterna. El Hermes, la Iliada, el Moisés, la Gioconda, la Novena Sinfonía, nos parecen cada vez más asombrosos y nos hablan, a pesar del tiempo, de Praxiteles, de Homero, de Miguel Ángel, del Divino Leonardo o de Beethoven. Al contrario, nadie, salvo los especialistas, saben de Erasístrato, de Boerhave, de Laennec.

En esto pensamos los médicos cuando analizamos el sentido del homenaje que rendimos a Unánue, cuyo perfil se agiganta al punto de constituir hoy la figura más señera de la peruanidad. De él se conoce y aprecia más su obra política, su papel en el alumbramiento del Perú republicano, del Perú actual. Si no hubiera actuado así, si sólo hubiera sido médico, su relieve no habría sido tan grande, ni tan reverenciado su nombre.

Es pues a presentar esta figura médica, despojada de la aureola del patriota, que quisiera dedicarme aquí.

El trece de agosto de 1755, trece trágico, un marino de Vizcaya, perdía el único velero que era toda su fortuna, pero ese mismo día, trece fecundo a la vez, ese mismo marino ofrecía, en su hijo recién na-

(1) Alocución pronunciada en Radio Nacional el 26 de Agosto de 1955, por el Prof. Dr. J. O. TRELLES.

cido, al Perú, entonces nave en borrasca, el faro de una luminosa inteligencia para guiarla.

José Hipólito Unánue adolescente creció cerca de la ciencia de Dios, para luego madurar junto a la ciencia del Hombre. Aprendió las nociones fundamentales de Medicina bajo la orientación de Gabriel Moreno, médico notable del Virreinato, aprobando el curriculum a toda satisfacción. Luego él mismo fué Protomédico, es decir examinador y calificador de los aspirantes a ejercer la profesión.

De vestir elegante y airoso, destacaba en su mano el anillo con el diamante del "chate" que desde la época del Imperio Romano era distintivo de los médicos, acudía a las tertulias de sus distinguidos pacientes y sus familiares, y se recuerda su asistencia a las reuniones selectas en lo de Doña María Belzunce. En España dió a conocer su valer de Asclépiade, llegando a ser Médico de la Real Cámara de Fernando VII, monarca al que hizo exclamar con asombro: "Sabes más que todos mis Ministros". Mucho después, ya en el Perú, en la hora difícil de Bolívar en Pativilca, fué el sereno curador de cabecera que el desasosiego del genio requería.

Carecemos aún, y ésta será tarea del futuro, de información sobre su vida profesional misma. No sabemos cómo verificaba sus visitas en el Hospital o a domicilio, ignoramos su golpe de vista, su manera de interrogar, de examinar. Presentimos la garra clínica en su gran papel y su influencia decisiva sobre sus pacientes. Allí están Belzunce, Gil de Taboada, Abascal, Bolívar, que después de entregarle sus vidas quedaron prendidos en el influjo de su ingenio.

La esencia y cualidades del médico estuvieron presentes en Unánue. Tal puede advertirse cuando se retrata en estas palabras, dedicadas a su Maestro Gabriel Moreno: "Ora se considere como dogmático, ora como clínico, ¡qué profundidad, madurez y extensión de conocimientos en los dictámenes! ¡qué tino y prudencia en el ejercicio práctico! Pero aún más, ¡qué compasión, qué blandura, qué interés a favor del afligido! Si puede decirse que el entendimiento del Médico está en sus manos, por lo mucho que le sirven para el desempeño de su ministerio, en las de Ud. se halla el entendimiento y el corazón; aquél aliviando las dolencias, y éste socorriendo las necesidades".

Entre los frutos de su pensamiento destacan tres libros: las "Memorias del Virrey Gil de Taboada y Lemos", la "Guía Política, Eclesiástica y Militar del Perú" y el tercero, que por su mayor valimiento médico nos interesa más: "Observaciones sobre el Clima de Lima y sus influencias en los Seres Organizados, en especial el Hombre". Pu-

blicado en 1806, desarrolla un plan en el que campea la observación fenomenológica y la deducción brillante de su pensamiento discursivo. Son sus propias palabras: "Mi principal cuidado ha sido estudiar en la Naturaleza las cosas de que trato. Las he considerado en si solas, y después de conocidas han venido a exornarlas la memoria y la imaginación".

En un rápido análisis "El Clima de Lima" se desglosa en cinco partes: En la primera trata de la situación y accidentes geográficos de Lima, las variaciones del clima ya su influencia en las personas como factores morbígenos. Despojada de supersticiones, dada su capacitación filosófica enciclopedista, se ocupa en las influencias del sol, la luna, las estaciones, vientos, lluvias. En la segunda sobre la influencia del clima en los vegetales, los animales y en especial en el hombre. En la tercera, las influencias del clima en las enfermedades del organismo y del ánimo y los medios para precaverse de ellas. En la cuarta escribe sobre la dieta y el régimen higiénico. En fin, en la quinta hace un estudio completo de la Constitución Médica de Lima en 1799.

En conjunto, ese magnífico estudio que es "El Clima de Lima" encierra atisbos de una nueva ciencia hasta hoy de palpitantes interés, la ciencia del clima en relación con la salud y la enfermedad como conflicto o desadaptación al medio. Unánue trata de ella con una visión muy amplia en que se vislumbra que la medicina toda es, según esta manera de enfocarla, un aspecto de una ciencia más amplia, casi sin límites: la Geografía, y así "el estudio de la Medicina debería empezar por el del clima".

Haciendo buen empleo de la influencia que ejercía sobre el Virrey Abascal, que reposaba en el aprecio que le tenía el insigne mandatario, pudo ocuparse en "el aseo de la población, el establecimiento del Cementerio, la propagación de la vacuna" y otras medidas de higiene pública avanzada para su época".

Entre múltiples estudios aislados, Unánue observa y anota el efecto anestésico de la coca, la hoja sagrada de los Incas.

Mucho más podría hablarse de Unánue en la Ciencia Médica, como disciplina de investigación, pero la tarea médica unanuísta no concluye en tal sector, sino que se amplía hacia la labor institucional. En este aspecto, la obra del ilustre Protomédico se cristaliza en tres conquistas fundamentales: la creación del Real Anfiteatro de Anatomía, en 1792; la fundación del Colegio Real de Medicina y Cirugía de San Fernando, en 1811; y el primer intento serio y efectivo que llevó a la apertura de la primera Sociedad de Beneficencia Pública, en 1825.

El 21 de noviembre de 1792, en la inauguración del Anfiteatro Anatómico, pronunció su famosa pieza oratoria "Decadencia y Restauración del Perú por la Anatomía", de la que recordamos sus palabras: "El cadáver disecado y demostrado es la sabia y elocuente escuela en que se dictan las más seguras máximas para conservar a los vivientes". Así, la Anatomía es para el espíritu humanista de Unánue, la primera y la base de las Ciencias Médicas. Y ya fundado el Anfiteatro dice: "Nuestros sucesores recogerán los frutos". Desprendimiento y ofrenda admirables que no debe olvidar el aspirante a Médico, cuando, matriculado, acude a este local.

Hoy, a la distancia de casi dos siglos, es difícil realizar cabalmente el significado del concepto anatómico de la Medicina que propugnaba Unánue, como un atisbo magnífico de la fundamental transformación metodológica e ideológica que se iniciaba en la Medicina, para terminar con la tendencia casi inmutable, de concepto rígido que se mantenía desde Galeno, en que la alquimia, el exorcismo y la palabra intangible del Maestro fueron las pautas que limitaron el estrecho cauce que debía seguir el Médico. El concepto de Unánue no tendía a un conocimiento estático de la Anatomía Humana, sino a desentrañar la función de las diferentes partes del cuerpo y considerar a la enfermedad y al síntoma como resultado de una lesión y de la perturbación funcional consecuente. Unánue estuvo imbuído del movimiento reformista europeo hacia el verdadero concepto anátomo-clínico, que desarrollara tiempo después Laennec. El método anátomo-clínico está a la base misma de todo el desarrollo de la medicina moderna, y si hoy parece que no fuera así, en realidad, la tendencia físico-química y dinámica de la medicina actual, no difiere de la anátomo-clínica, si bien se mira, que en el hecho que hemos pasado de la luna de aumento al microscopio eléctrico y que hoy nos encontramos en plena época atómica. Pero significa mucho más aun. Si se desentraña hasta su esencia misma la tendencia de Unánue, se cae en cuenta que responde a la necesidad de dar a toda actividad, científica, cultural, económica o política su base real; de organizar sobre valores jerárquicos estables, y vertebrar sólidamente las ciencias, las instituciones o el país. Y en este hombre genial, agricultor en sus viejos días, como Washington, como Cincinato, se encuentra el deseo de tener bien plantados los pies sobre la tierra aunque la cabeza esté llena de las más deslumbrantes teorías y fantasías, porque recibiendo de la tierra la sustantífica savia, esa fantasía y esa imaginación no podían dejar de dar frutos magníficos. Es, en suma, el sentido común que prevalece en él, que siempre

le trae a la realidad, y que le permite guiar con mano segura su nave en el proceloso mar de los acontecimientos. Y también le permite a este "amante del país", serlo plenamente, sólo el país, pero nada menos que el país, así intervenga como Consejero cerca del Virrey, del Protector, del Libertador, o de los primeros gobernantes.

Si bien las ciencias, como entidades teoréticas, no tienen patria, una escuela científica teórico-práctica como es un grupo médico tiene adherencia telúrica ineludible. Para cada pueblo en formación hay un patriarca genuino. En el correr del tiempo surgen otros, siempre pocos, y el pueblo se va tornando en Nación. Así Unánue, Patriarca de nuestra Medicina, lo es también de nuestra Nación, como tal y por muy otros prolongamientos de su recia y ceñera actividad personal.

Su obra magna, sea como Secretario de la Sociedad Amantes del País, sea como el Ariosto del "Mercurio Peruano" publicando artículos, literarios o de ciencia, impregnados de su preclaro saber y experiencia, sea la enjundia de su visión política como consejero de Virreyes y Libertadores, sea su acuciosa deducción observativa, sea su actividad edificadora de instituciones sociales de beneficio, o sus aportes no menos valiosos a la confección de decretos y legislaciones de gobierno; esta obra en conjunto, repito, lo lleva al sitial privilegiado de forjador de nuestra nacionalidad y por corresponder toda ella al gobierno de la idea y de la pluma, destaca singular entre los ilustres peruanos que se empeñaron, no siempre con éxito, en intervenir en la formación de lo que ahora es nuestra Patria, bajo el resplandor efímero y tajante del acero templado. Unánue por actuar en la época de gesta de la nueva república al lado de San Martín y Bolívar, destaca peruanísimo y se transforma en Símbolo de la Peruanidad.

En tanto que Médico, Unánue no sólo figura en nuestra Historia, su aliento anima ahora en nuestra vocación, en nuestra labor profesional cotidiana. Hubiera sido sin embargo devorado por Saturno, en conjunción con Cronos, siguiendo la figura de López Ibor, si no lo hubiera salvado de ello su obra de político y estadista.

Aunque en la definitiva y justa apreciación de los valores, la primicia de este último aspecto de su obra puede ser discutible en quien, como Médico y Maestro, ejercía el divino y humano derecho de ofrendarse por la ventura de los demás.